

RETRATOS DE UNA ISLA

© Manuel Cubero Urbano

Safe Creative.- 0911265017132

1.- LA MIRADA DE UN NIÑO

Imagino, señor Ogirando, que esto de buscarme a mí, precisamente a mí, es cosa de alguno de esos compañeros de correrías que, hoy día, andan por las tierras gaditanas con sus galones ganados a pulso. Y bien ganados, por cierto. Pero si es por hacerle un favor a mi Isla, y para que sepan por esas tierras de Dios lo que ésta fue mientras el francés asomaba los bigotes a nuestros caños, sea. Aquí me tiene.

Benito Fopiani, hijo de Servando Fopiani, miliciano voluntario, e hijo de marino voluntario. Ese soy yo. Mi palabra le informará de cuanto usted tenga a bien preguntar. No seré yo quien se arredre a la hora de decir lo que pienso, lo que vi, o lo que viví. Nunca escurrí el bulto y no lo voy a esconder ahora.

Si cuando tuve miedo, me lo tragué porque no tenía otra cosa que comer. Y si, como mi padre, mi sino es acabar alimentando a los peces, tiempo vendrá en que mi hijo se coma al dichoso pez que engordó a mi costa. Dicho esto, si fui valiente ante las bombas enemigas, no será una pluma el arma que meta el miedo en mi cuerpo. A pesar de mi humilde origen, yo aprendí a usarla, la pluma, digo. Y la conozco, la conozco bien. Aunque tenga doble filo, el daño que produce más depende de quien la usa que de ella misma. Y no me parece usted de los que hacen uso torcido de ella. O eso oí al señor Alcalá Galiano, que lo conoce bien. Vaya, que en esta tierra todo se sabe, y más de una fiesta se corrieron juntos ustedes por las tabernas del Pópulo.

Pregunte, pregunte. Y comencemos ya con lo que nos ha reunido en esta taberna. Aquí donde me ve, no piense que fui un loco desquiciado, ni cosa por el estilo. Más sentada tuve la cabeza que muchos de los que presumen de gente seria y cultivada. Y buena parte puso en ello mi madre que en gloria esté. Mujer fajada en mil noches de hambre y soledad, estaba empeñada en que yo no saliese a mi padre, que si fue honesto y su vida se apagó heroicamente, no es menos cierto que el honor no llena el estómago de los pobres. Y así nos fue, que si no es por los amos, hubiésemos sabido de hambres lo que no está en los escritos.

—Que, entre tanto marino y tanto maestro artesano como hay en esta Isla de León, si quieres ser algo, tienes que conocer las primeras letras y las cuatro

reglas –repetía mi madre una y otra vez–. Y sabe de una vez, hijo mío, que la honra sin letras tiene poco porvenir entre los escasos de fortuna

Y aquí me tiene usted, que fueron cuatro años de aprendizaje, encerrado en una habitación tardes y más tardes, aprendiendo las letras básicas y las cuatro reglas hasta ser capaz de redactar una composición sobre los sucesos que estábamos viviendo por aquellos últimos años del siglo pasado. Y no debía de tener mala pluma cuando el señor Cayetano, después de corregirme la ortografía y poco más, copiaba de su puño y letra mis escritos para rubricarlos con su nombre. Que eso es lo que hacía el puñetero.

Luego, tomaba el documento, lo presentaba a su amo como si se tratase de un informe personal a propósito de sus vivencias por los tabucos de la Isla y allá que se embolsicaba sus buenos cuartos a mi costa. No se me va del pensamiento la vergüenza que pasó el día que su amo me mostró uno de aquellos papeles y, para comprobar mis progresos, me lo dio a leer en voz alta. Como me lo conocía de memoria, lo leí tan de corrido que el amo nos felicitó a los dos: a uno por buen maestro y al otro, por mejor alumno, con lo que su primer asomo de temor ante mi posible reacción quedó borrado por la satisfacción de verse ensalzado ante todo el personal de servicio de la casa.

A partir de aquel momento, se tomó como asunto personal, en lugar de poner sobre el papel sus vivencias de aquellos días, el relatármelas de punta a rabo con el fin de que fuese mi pluma la que diese buena cuenta de ellas, cosa que le resultaba mucho más cómoda. Y amparándose en la doble felicitación de su amo, ale:

–Escribe sobre esto que te acabo de referir, que un escribano que se precie, debe de saber contar y comentar cuanto llegue a sus oídos.

Luego, para hacerme ver lo importante que es esto de oír todo lo que se mueve a nuestro alrededor, iban los dos, el maestro y mi madre, y me aconsejaban:

–Hijo, hay que estar en el mundo y aprender lo que éste nos enseña.

Cosa que yo, a pesar de las pocas luces de la infancia, no acabé nunca de comprender. Si no, ¿a cuento de qué venía que –luego de tan categórica

afirmación sobre las enseñanzas del mundo— me mandasen al desván con la excusa de practicar la escritura o, lo que era aún peor, a averiguar cuantos pasos tenía que dar para recorrer de punta a rabo la calle Real sabiendo que cada paso mide...?

Bueno, qué le voy a contar de la ciencia que usted no sepa. El caso es que me tenía que poner a hacer unas cuentas que maldita la gracia que me hacían mientras la Isla bullía en las calles como la sangre de los que, sólo unos años después, íbamos a entregarla, allí mismo, por culpa de unos cobardes tan llenos de miseria por dentro como de oros por fuera.

Quien quiera saber cuánto mide la dichosa calle, más larga que un día sin pan, que se dedique a andarla y desandarla y cuente los pasos que hay, me repetía intentando justificar mis fugas por la ventana trasera en busca de aventuras propias de mi edad. Que a mí, lo que me iba era buscar el aire libre, jugar con los amigos que nada sabían de letras y andaban a la que saltase. Amigos que, en su libertad de niños ociosos, se movían más que un garbanzo en la boca de un viejo: de los esteros al teatro Cómico —la Casa de Comedias lo llamamos algunos—, de allí al castillo de San Romualdo, y luego, a donde haga falta y suene un real. Así, cada día le daban diez vueltas a la Isla, que era como dárseles al mundo entero. Ellos sí podían decir que estaban en el mundo y aprendían de él.

—Anda chavales, que sabéis más que los ratones colorados —decía más de uno de aquellos encopetados marinos cuando, involuntariamente, se convertía en testigo de nuestras correrías.

Y, más de una vez, también se convirtieron en víctimas de nuestra miseria que, cosas de la inocencia, se transformaba en picardía.

Sabios en lo suyo, pero confiados en nuestra imagen, algunos de aquellos ilustres próceres cayeron como pardillos ante nuestros primeros devaneos comerciales. Que más de uno nosotros, huérfano por mor de las innumerables guerras que llevaban a nuestros paisanos a los más lejanos rincones de la mar, bien pocas posibilidades tenía de llevarse un mendrugo a la boca si no era jugando con algo de picaresca y un poco de lo ajeno. Que, como dijo un viejo marino, más isleños hay en las profundidades del Cabo San Vicente que en las

calles de la villa.

Y, a propósito de ese dicho, ya nos gustaría a más de uno saber de nuestras tornadizas amistades: vea si no cómo nos abrazan hoy los ingleses cuando aún le huele a alguno de ellos la mano a la pólvora que mató a nuestros padres allá por las costas de Trafalgar.

Pero escuche bien, amigo, no es esto lo más doloroso. Que son precisamente esos señores de librea, misa y comunión, cuyas mesas están atestadas de comida gracias al dispendio y al latrocinio de la plata de Indias, esos señores en cuya mesa no falta un faisán; quienes, mercadeando con unos y otros, cambian de amistad enviando a la muerte a los desheredados, a los pobres de alma y reales. En pocas palabras: a los padres de quienes por aquellos primeros meses de la Casa de Comedias picardeaban con lo poco que caía en sus manos para poder llevarse un mendrugo a la boca. Y encima, debían soportar impávidos y descarados sus dudas:

–Habrá que ver de dónde lo habéis sacado...

Esa es otra. Si robas, que sea mucho. Así llegarás a ser un caballero. Que para morir defendiendo nuestra tierra, ya están los parias que no la tuvieron ni para su descanso eterno. Entre ellos y cuatro valientes de verdad fueron quienes salvaron los muebles de este reino que, por mor de tanto traidor, se hallaba reducido a esta Isla y poco más. Por mi amo de aquel entonces, y por lo que podía entender de cuanto allí se hablaba, supe que más de un barco debía de partir a la lucha armado, costado por sus propios capitanes mientras se perdían los tesoros de América Dios sabe dónde.

Y mientras, aquellos miserables, reclutados a la viva fuerza y sin un cuarto que enviar a las mujeres, daban sus vidas con la hombría y el valor de quien, como nada tiene que perder, nada le importa perder lo poco que tenía: la vida.

–Mi padre anda voluntario en la flota y sin mandar un real a casa. Y mi madre me ha enviado aquí a vender lo poco que nos queda –recuerdo que decía, un día, un crío de mi edad, mientras trataba de esconderse de un señor que no paraba de rebuscar entre los objetos que un compañero de fatigas vendía por los alrededores de la Huerta del Diablo.

Yo, que de no ser por la gratitud de mi amo, también andaría de lleno entre hambrunas y miserias, me hacía de nuevas:

–Entonces, ¿por qué te escondes? –pregunté.

–¿Tú ves a ese señor, con toda la pinta de caballero honrado? Pues ni pizca tiene de vergüenza. Si se encapricha de alguna de las cosillas que vendemos, dice que se la hemos robado. Y no es eso lo peor, que puesta la justicia a decidir, entre un infeliz como yo y un granuja con pinta de caballero... fácil es acertar a quien le dará la razón.

No estoy muy seguro de que me dijese la verdad, pero lo que sí sé es que era listo, ¿o no? Y aplicándose aquello de que quien roba a un ladrón tiene cien años de perdón, tampoco era demasiado grave si el chaval se había apropiado de lo que sobraba a un fantoche de aquellos.

Claro que, puestos a desconfiar, yo tampoco estaba muy seguro de las intenciones del señor Cayetano con su manía de ponerme a escribir cosas que, desde mi corta e inocente mirada de entonces, a él, y solo a él, interesaban... Curándome en salud, la verdad es que, por los huesos de mi padre que en gloria esté, me guardé alguna que otra copia de los documentos que entregaba a mi maestro. Si tanto es su interés en guardar memoria de estos hechos, algo valdrán, me decía yo, que el puñetero más me explota como criado de lo que sería menester para cobrarse sus lecciones, y si algo valen estos papeles...

Más aún, señor Ogirando, en estos ejercicios que me guardé, cuidé bien de que quedara constancia de muchas cosas que, por discreción y seguridad de mis orejas, no aparecían en los papeles que para mi maestro redactaba. Entre ellas, las que nos traíamos Vicente, el hijo de su amo, y yo. Esas me las guardé. Que por mucha sangre azul que corriese por sus venas, para mí, en la inocencia de niño, me temía que fuese pura mentira, pues al final, resultó que es tan roja como la mía.

–¿Sangre azul? ¡Sí, hombre! Ganas de decir tonterías, porque yo bien que manché de sangre mi sable de madera con el último mandoble que le di – recuerdo que respondí a mi madre en una de sus reprimendas.

Y era roja, tan roja como la de este pobre aprendiz de escribano. Que vistic

aquello y vistas a la luz de la distancia muchas de nuestras viejas correrías, aún hoy, me sospecho yo que, como decía mi abuela, “más diferencia hay entre apellidos que entre chiquillos”. Y ese fue nuestro caso.

2.- CONOCIENDO EL DOLOR

Sin darnos cuenta, con menos barba que experiencia, aquellos niños pasamos de los ficticios juegos de guerra, a la cruda realidad de ver caer a tu lado a compañeros de aventuras que apenas tuvieron tiempo de hacerse hombres.

Porque, como usted sabe, señor Ogirando, unas veces los gabachos y otras los ingleses, se encargaron de mostrarnos la muerte cuando apenas teníamos edad para conocer la vida. Y si a esto unimos que las paredes que nos vieron crecer sabían más de sangre y dolor que de riquezas vanas, ya tiene usted el caldo en que se cocieron nuestras almas.

Buen acierto tuvieron quienes a este húmedo terruño bautizaron como Isla de León. Leones fueron nuestros padres y leones fuimos cuando la vida nos enseñó a matar a quien, no sabíamos por qué ni para qué, mandábamos al infierno de nuestros mares.

Así, entre sangre y lágrimas, aprendimos a sudar el pan que nos llevamos a la boca. En esta vorágine de muerte y tristezas, honor a quien lo merece, una cosa debe tener bien presente, hablar de los amos de mi maestro, como de los míos, es hablar de gente de pelo en pecho. Pues aunque, como en tantos otros lugares y momentos de nuestra historia, no solían estar bien avenidos honor y riqueza, nuestros amos eran excepción de tan común regla.

Gente era que dio lo poco, o lo mucho que tenía, mientras otros, de más ilustre prosapia –y permítame que no señale persona en quien muchos ponen sus esperanzados ojos–, andaban escurriendo el bulto sin merecer ni el agua que bebían. Que si hay personas que se honran con el apellido, tanto los Lazaga, como los Uriarte, los amos de mi madre, lo hicieron a la inversa: lustre había en su apellido, y aún más le dieron ellos en estos años.

¿Le he dicho ya que los Lazaga eran los amos de mi maestro, el señor Cayetano? Pues sí, entre esa casa y la de mi amo, pasé más horas de mi infancia que en la calle. Dos familias en las que el valor nunca se echó de menos y donde, por eso mismo, más de una lágrima rodó por las mejillas de sus hermosas mujeres.

Bástele saber, a modo de ejemplo, algo sobre los redaños de Don Juan José de Villavicencio, pariente de los Lazaga. Cuenta el señor Cayetano que dos veces cayó en manos del enemigo y dos veces tuvo arrojado para dársele con queso al gabacho en menos de cuarenta y ocho horas. Que eso fue lo que duró su prisión sumando las dos veces. Un día duró su primera prisión: lo que tardaron en llevarlo de Ocaña a Madrid. Y apenas unas horas, meses después, la segunda: en Barranco Hondo.

Pero volvamos a mis tiempos mozos. Apenas tenía nueve años cuando vi a mi padre por última vez. En casa decían que el señor Uriarte nunca pisó la cubierta de un barco si él no estaba a su lado. Sus motivos tendría. Según me contó tiempo después el maestro, más de una vez salvó su vida el señor Uriarte

gracias a quien a mí me la dio. Una de ellas, en la campaña de Argel, cuando mi padre apenas afeitaba sus primeras barbas.

Desde ese momento, santa Catalina al año siguiente, luego el bloqueo de Gibraltar, Espartel, Estrecho de Magallanes... No hubo campaña, científica o militar en la que mi padre estuviese fuera de la vista del amo. Yo apenas recuerdo de él algo más que un tremendo olor a mar mientras, cabalgando en su rodilla, reñía heroicamente contra enemigos fantásticos a quienes siempre acababa por doblegar entre los brazos de mi padre.

Todo se fue al garete en una de aquellas campañas. Era el año de 1797 cuando embarcó en el Santísima Trinidad. Un gigante torpe y desmañado, al decir del amo. No lo volví a ver. Destrozada y humillada por el inglés en el cabo de San Vicente, una tarde vimos asomar por poniente los restos de nuestra flota.

Esa noche, al volver a casa, el señor Uriarte arrastraba pesadamente los pies como si una losa sombría le aplastase el corazón. Yo salí volando al encuentro de mi padre. Sólo vi la calle vacía. Entonces regresé a la cocina. Allí mi madre sollozaba sobre el hombro del amo. Creo que no me dijeron nada. Fui yo quien, entre sollozos, preguntó:

—¿Por qué no vino mi padre?

Desde ese momento, pasé a ser uno más de entre los cientos de huérfanos que, en la Isla, lloraban cada día la ausencia de un progenitor apenas entrevisto.

Mientras, el dolor ejercía de padre y maestro.

3.- APRENDIENDO A MORIR

Embarcado en el dolor, pronto me convertí en el terror infantil de la Isla. Mi vida se mudó en un sendero encaminado a un solo objetivo: vengar la muerte de mi padre. Así, cada salida a la calle, cada batalla infantil, significaba

una lucha a muerte contra mí mismo para ser el primero, el más duro, el más valiente...

En ese camino, me encontré con el Coquina. Pura mole de carne, dura como una piedra. Nuestros choques pasaron a ser un espectáculo en el que, incluso, llegaron a cruzarse apuestas entre chicos y no tan chicos. Unas veces por juego, otras por algún motivo más serio, montábamos el espectáculo hasta que algún señor mayor, arriesgando su espinilla, nos cogía de un brazo y nos separaba.

Pero no vaya usted a pensar que el Coquina y yo éramos enemigos irreconciliables. Más de uno se llevó la paliza del día por querer sembrar cizaña donde sólo había cosas de niños. Como decía mi madre, aquellos duelos acababan la mayor parte de las veces en un buen tazón de leche calentita. Unas veces en mi casa, otras en la suya, que tampoco abundaba en nuestras casas el yantar como para andar siempre con invitados.

–El día que aparezca un invasor, sea gabacho o inglés, os mando a los dos a la playa: a ver si tienen redaños para acercarse –dijo un día el señor Cayetano después de separarnos en uno de nuestros particulares encuentros.

Y Vicente... No vaya a pensar que era de otra madera. Cuando pisaba la calle y escapaba a la vigilante mirada del maestro, su sangre azul se transformaba en puro fuego. Más de una vez, ratificando la madera de que estaba hecho –Lazaga y Alcalá Galiano–, demostró que no nos iba a la zaga cuando de hacer volar piedras en busca de cabezas ajenas se trataba.

La sonrisa escondida bajo el bigote de su padre mientras nos regalaba la pertinente reprimenda fue testigo, más de una vez, del correspondiente emplaste para rebajar algún que otro chichón.

–Este niño tiene la madera de sus tíos –dijo una vez el señor Lazaga después de regalarle, con cierto dolor de corazón, un merecido pescozón.

Aún recuerdo el día que le abrí un piquete con mi sable de madera.

–¡Carajo! Que me diste. Y bien –refunfuñó sin soltar una lágrima.

Y también recuerdo, como si lo estuviese viviendo ahora mismo, lo que le

respondí en aquel momento.

–Antes de dar estocadas hay que saber pararlas.

Vino esto a cuento de la que le suministraron, una de aquellas noches a un actor por los alrededores del viejo Teatro de Comedias. Valiente en el escenario, cuando la mentira se adueña del momento, pero a la hora de la verdad se llevó la peor parte, que el enemigo callejero no cobraba salario por pelear.

Y como nuestro asunto sólo era un juego de críos, según dijo la mujer del señor Cayetano cuando nos vio entrar a escondidas para lavarnos los restos de sangre, ahí se acabó el problema. Si los mayores se matan, ¿por qué no íbamos a apalearnos nosotros? Y eso, aunque ya tuviésemos pelos en las piernas como para andar haciendo niñerías, en palabras del señor Cayetano...

–¡Vaya mierda! Somos grandes para usar sables de madera y muy niños para usar los de verdad –protestó Vicente después del repaso que nos dio el maestro...

Aquello sucedió por el tiempo de la Batalla de Algeciras, cuando el gabacho era amigo. Alguien nos había hablado de una gran victoria contra los ingleses. La sentimos tan nuestra que hubo quien propuso ir a pie hasta Gibraltar para rematarlos y conquistar el ansiado peñón. Nuestro jefe sería Luquitas, primo del Coquina, que era de San Roque y estaba por aquellos días en la Isla.

–Yo conozco todo aquello como la palma de mi mano –dijo.

–Entonces... ¿tú crees que podemos tomar Gibraltar? –pregunté.

–Eso es coser y cantar –respondió en plan bravucón–. Y si tenemos que morir... –remachó en una premonición de lo que sucedería cuatro años más tarde.

En el Puente Zuazo nos dieron la primera bofetada, se la llevó el sobrino del señor Cayetano. Se la dio su tío, claro. Y de allí, ale, todos a casa.

–Que no está el horno para que los niños andéis de fuguitas heroicas –dijo

después de darle la bofetada.

Esa era nuestra pena, que con trece años, no teníamos edad para nada. Ni para ser niños, ni para ser mayores. Aunque estés a punto de cumplir los catorce, como yo entonces. Con las ganas que teníamos de enrolarnos en alguna de las fragatas que veíamos entrar y salir de la Carraca... Sobre todo cuando oíamos contar cómo se las tuvo tiesas mi padre con los gabachos en tierras del Rosellón.

Pero cuando nos tocaba a nosotros, cuando la sangre nos hervía en aras de venganza, eso de “sois unos críos” no se les caía de la boca a nuestras madres. Estaba ya tan manido que llegamos a un acuerdo: en cuanto tuviésemos presencia para engañar a los de las levas, nos enrolaríamos Voluntarios.

Como usted sabe, la Isla, entonces como ahora, era tierra de gentes de mar que, por un bocado y una promesa, pocas veces cumplida, moría y luchaba contra un enemigo creado por quienes, muchas veces, ni morían ni luchaban. Y eso era lo que nosotros mamábamos a cada instante. Todas las conversaciones de los mayores trataban de lo mismo: de aquellos que, según decía el señor Cayetano, regaron con su sangre las aguas de la mar oceána.

4.- LUQUITAS, EL PRIMER BORRÓN

Entre batallitas y batallas pasaron los años de mi infancia. Y aquella panda de granujillas en que nos habíamos convertido, testigos de unos cambios que estaban haciendo de la Isla un lugar más importante de lo que nuestras cortas entendederas desearían.

Fue el mismo año que murió mi padre. Meses después la villa se llenó de gente de postín, era a comienzos del verano. En el cerro de Torre Alta se enseñoreaba de la isla un edificio nuevo que, según decía el señor Cayetano, estaba llamado a ser santo y seña de la marina española.

Retirados andamios, cascotes y demás materiales sobrantes, apareció en todo su esplendor el Real Observatorio Astronómico de Marina. Eso sería muy grande en la pequeña o gran historia de la Isla. Sin embargo, para nosotros, fue más un inconveniente y un entorpecimiento del, hasta entonces, indiscutible dominio absoluto que ejercíamos en los descampados del entorno.

Señores, criados, marinos y un sinnúmero de gentes de la más diversa catadura se adueñó de calles y tabernas. Más de un lupanar surgió a la sombra de los nuevos dineros que arribaron a la Isla. Y, en medio, nosotros. Huérfanos de mil batallas, y con nuestros estómagos ejerciendo de testigos, en su hambrienta vaciedad, de una realidad que nadie quería ver.

Aún vestíamos en casa el luto por mi padre cuando, dos años después de su muerte, sucedió lo de Algeciras, ya sabe: en unión de los franceses, entonces amigos y aliados, conseguimos una victoria que, vista desde el día de hoy, pienso que de nada sirvió.

Bueno, sí. Sirvió para que Luquitas, apenas tres años mayor que su primo el Coquina y yo, –ambos andábamos por los trece– buscase las vueltas a su madre hasta conseguir que ésta aceptase su enrolamiento en la Marina. El Neptuno fue su primer y único barco.

–Ya soy un hombre –le dijo–, y si de la mar se puede arrimar un dinero a casa, allí hay que estar.

Luquitas, el primo del Coquina, era del Campo de Gibraltar. Se lo había dicho ya, ¿verdad? Para ser exactos, su familia procedía de Gibraltar. Allí vivieron hasta la llegada de los ingleses. Creyendo la palabrería vana de unos embaucadores que, de taberna en taberna, pregonaban las grandezas de la flota española, fue a dar con los huesos en el Neptuno, como acabo de decirle. Salvo la hombría de bien del Comandante Valdés, poco más había en el dichoso navío.

Volvió varias veces por la Isla. Una de las más sonadas fue allá por el 1804. Los niños andábamos por los dieciséis años, ya no éramos tan niños. Y Luquitas... un marino hasta las cejas. La Isla había cambiado sus ropajes militares por los faranduleros.

Con la primavera abrió sus puertas el nuevo salón de comedias: el Teatro Cómico. Si bien es cierto que entre los señores Salinas y Arenas se las averiguaron bien para que aquel local fuese solo un teatro de comedias, lo que se movía por sus alrededores, las más de las veces, no resultaba muy del agrado de la clase eclesiástica que digamos, al menos de boca para fuera.

Que si don Pedro de Lima tenía ésta –la lima– lo suficientemente presta para aliviar determinadas escenas y textos que pasaban por su escenario, en los alrededores se movía, amparado en la bulla que seguía a los espectáculos, un ganado que entonces no acabábamos de identificar.

Un día nos encontramos con Sixto, el sobrino del escribano, mi maestro. Venía con Luquitas. Estábamos por los alrededores del teatro viendo a los señores principales que entraban y salían. El caso es que nos dedicamos a ir detrás de ellos, riéndonos de su manera de hablar, oyendo sus conversaciones y enterándonos de más de una de las trampas que, entre buenos modales y puñaladas traperas –al decir del señor Cayetano–, se dedicaban unos a otros. Y así, fuimos a dar con uno de sus burdeles preferidos...

–Una casa de mujeres malas –dijo Luquitas que, a juzgar por lo que dejaba adivinar, ya había visitado alguno de aquellos lugares.

–Pero ahí no podemos entrar los niños –respondí como adivinando las intenciones de una especie de Briareo que se interpuso ante Sixto cuando éste

se acercó en demasía al portal.

–Entonces... ¿Qué hacemos aquí? –preguntó Vicente.

El caso es que, días después, aprovechando la distracción del gigantón, nos colamos en el patio que hay a la entrada de la casa. Nos ocultamos detrás de unos sacos que había amontonados en un rincón y, como de vez en cuando se asomaban a la puerta algunas de aquellas mujeres, en su pecaminosa contemplación se nos pasó un buen rato hasta que el señor Cayetano entró y saludó a una de ellas, que salió a abrirle la puerta.

A mí, en mi inocencia, aquella hetaira no me pareció una mala mujer. Al contrario, era joven y guapa. Y lo saludó con mucho cariño.

–¡Hijo de puta! ¡Vaya suerte que tiene mi tío! –dijo Sixto–. ¡Anda que no está buena!

–Entonces, esa mujer no es mala –dije yo.

–¡Pues claro que es mala...!

–Pero, ¿no has dicho que es buena?

–Otro día te lo explico –cortó Luquitas, sin aclarar nada.

Mientras tanto, La Carraca no daba abasto a parchear una y mil veces una flota con más achaques y presencia que peligro para el enemigo. De muestra, un botón: el Santísima Trinidad... Para verlo, mire. ¿Lo conoció usted por dentro? Yo correteé por su cubierta poco antes de que se fuese mi padre. Una inmensa catedral parecía aquella mole flotante. Cuatro puentes tenía. Construido con las mejores maderas de Cuba, si majestuosa era su presencia no lo era menos su hoja de servicios, a cada uno lo suyo.

El Santísima Trinidad había cumplido sus deberes y bien. Y en su cubierta, lo mismo hizo mi padre. Dio todo lo que tenía, por cierto. Treinta y seis años paseando su majestad por los mares del mundo pregonaban sus glorias a los cuatro vientos.

Pero estamos en tiempos de vacas flacas. Y los de 1805 eran de vacas famélicas. Ni este navío escapó a los tiempos de miseria. Ya era sólo un

fantasma. Orgullosa, pero un fantasma. Nuestra heroica marina apenas tenía dinero para comprar la pólvora de sus cañones. Momento hubo en que se levaron anclas con los sollados más vacíos que el bolsillo de un pobre.

Luquitas, como le digo, se embarcó en el Neptuno. Allí le pilló lo de Trafalgar. Unos tres años llevaba enrolado. A pesar de su juventud, ese sí que era un hombre de armas tomar. Y, por si faltaba poco, se la tenía jurada a los ingleses por lo de Gibraltar. Esa fue su perdición, con el valor no se come, y menos después de muerto.

Después de la batalla de Trafalgar, el pobre volvió gravemente herido a Cádiz con el Comandante Valdés. Sólo vivió lo justo para contarle al Coquina la putada de los del “Formidable” y dos o tres buques gabachos más. Que algo de eso, no recuerdo si por palabras suyas o de un compañero, supe también yo por El Conciso.

5.- SIXTO, OTRO ESLABÓN ROTO.

De lo que sucedió en Trafalgar sabrá usted más que yo, que para eso su profesión consiste en meter las narices allí donde se cuece algo. Y si Cádiz es, hoy por hoy, la capital de una España libre, El Conciso, aunque sólo sea un humilde periódico gaditano es testigo de ello ante todo el mundo. De lo que hoy vivimos por aquí y, de camino, de lo acaecido en 1805 en aquel lugar.

En Trafalgar. El gabacho, cobarde como nunca, nos dejó vendidos como a esclavos enfermizos y moribundos. Sin ir más lejos, Formidable, mucho nombre para tanta cobardía, emprendió las de Villadiego antes de verse en peligro. Y no fue ese el único barco gabacho que abandonó el combate, ya le

dije. Desde el Bahama, según me contó un compañero de correrías infantiles que se enroló en él, pudieron distinguir a algún otro buque francés huyendo de la batalla sin disparar un solo cañonazo. ¡Cobardes hijos de puta! ¡Eso eran nuestros amigos franceses!

Bien los retrató don Dionisio Alcalá Galiano cuando dijo de ellos, hablando en plata, que eran una pandilla de ineptos. No tenían ni zorra idea de lo que es una batalla naval. Villeneuve el primero.

Y los del Neptuno, como todos los nuestros, dando hasta la última gota de su sangre por una causa perdida. Al menos nos quedó el honor. Y el respeto de unos oficiales ingleses, todo hay que decirlo, que honrando al enemigo vencido, se rindieron honor a sí mismos.

El mismísimo almirante Collingwood dejó buena muestra de ello. ¿Conocía usted esa historia? Le cuento en dos palabras. ¿Sabía usted qué sable empuñaba el Señor Uriarte en Trafalgar? Yo se lo voy a decir: el que le regaló el emperador de los gabachos. Un sable que, por venir de donde venía, era una joya de valor incalculable.

Pues conociendo el almirante Collingwood, comandante de las fuerzas inglesas a la muerte de Nelson, la gran estima en que Uriarte tenía su sable, mandó hacer una requisa hasta dar con él. Inmediatamente, se lo devolvió como testimonio honroso de su comportamiento durante el Combate.

—¿En qué manos puede descansar mejor que en las de quien lo blandió con tanto valor? —estas fueron sus palabras al entregárselo.

Sixto, el sobrino de mi maestro lo vio con sus propios ojos. Él también cayó en manos inglesas y permaneció junto a su jefe mientras estuvieron en Gibraltar. Ese es otro. Su mala cabeza, o la amistad con los caldos de Jerez que parecía venirle de familia, dieron con él en el Santísima Trinidad en la última leva que se hizo por las tabernas isleñas antes de partir la flota. Ni el conocimiento del señor Uriarte, por muy comandante que fuese le sirvió de nada. Bueno, sí. Le sirvió para estar a su sombra durante la batalla. Y conociendo a ese hombre, no sabemos si eso era peor que permanecer ignorado, pues si el señor Uriarte, haciendo honor a su cargo puso sus reales

allí donde más peligro había, su protegido le hubo de ir a la zaga.

Con tanta valentía se defendió el Santísima Trinidad frente a los ingleses que los prisioneros fueron tratados como señores por el almirante inglés. Eso dijo Sixto cuando volvió del peñón y así lo ratifica ese sable que yo tuve el honor de acariciar alguna vez.

Cojo, por mor del servicio a una flota que lloraba su propia miseria, y borracho por tradición familiar, Sixto más parecía hermano gemelo de su tío el señor Cayetano, que sobrino suyo. Los pocos días que pasó embarcado entre hambre, miedo, sangre y lucha sin cuartel fueron como veinte años para él.

Apenas tuvo tiempo de despertar de la trompa que agarró en la taberna de los Diablos cuando se encontró reclutado sin comerlo ni beberlo. Bueno, beberlo sí que lo bebió. Borracho como una cuba estaba cuando entró el piquete en la taberna y, tomando a los diez o doce bultos que apagaban la sed con ocho copas de más, los convirtió por obra y gracia de las prisas de un sargento en heroicos voluntarios de la Real Armada Española.

Aún no se había despabilado y ya estaba preso y malherido en un tabuco del Peñón. Todo sucedió en un segundo, aún no tenía la mente despejada cuando sonaron los primeros cañonazos amplificadas por el fuerte viento de levante que azotaba sin compasión las velas de nuestra flota. Cogida a contramano más por la torpeza y la ineptitud del mando gabacho que por la pericia de Nelson, se vio bloqueada entre los arrecifes de Trafalgar. Acorralada entre el vendaval de levante y la buena disposición de los ingleses, nuestra escuadra dio sus últimas boqueadas. Hoy, visto en la distancia, cualquiera diría que tanto Churruca como Gravina fueron profetas en su tierra: los mares de Cádiz. Y aún hubo algún valiente, de esos que jamás salieron de un despacho, que los acusó de cobardía cuando en sus palabras sólo había sabiduría.

Allí sólo se salvó el honor de nuestros hombres. Unos, hombres del pueblo reclutados a la fuerza y mal pagados, si es que habían cobrado algo. Otros, unos mandos entre los que no faltó quien en lugar de cobrar por los servicios prestados a nuestra flota, puso su propio patrimonio para dotar al barco como Dios manda.

Mientras, el amigo francés, por llamarlo de alguna manera, daba la espantada y ofrecía el trasero, demostrando que su comandante tenía más que merecida la desconfianza de que gozaba en París.

Y Luquitas, el amigo perdido, haciendo honor al recuerdo de aquellos valientes que regaron con su sangre una Europa que nunca nos la pidió. Aún más cerca, casi muerto en vida, Sixto. Con la juventud y su pierna izquierda perdidos en apenas un suspiro.

Ajenos al sufrimiento de quienes pagábamos los platos rotos de su incompetencia, unos gobernantes desalmados volvían a cabalgar sobre la inocencia de un pueblo que vegeta, pobre como las ratas. Unos gobernantes que navegan sin rumbo al son que les marca el engaño y la falsedad de sus aliados, franceses o ingleses, lo mismo da, que sólo miran su propia conveniencia.

Y en medio de todo, nosotros. Una isla que solo vive, o malvive, de una flota cada vez más olvidada. Aunque, eso sí, requerida por quienes ni saben de un palo mayor ni gastaron un real en mantenerlo.

En el último escalón, debatiéndome entre toda esa barahúnda, yo... Con los latines que mi maestro me hizo repetir como si de un papagayo se tratase y las luces que tenía, que no eran pocas al decir del amo, iba ayudando a subsistir a mi madre con las cuatro perras que sacaba en el convento de los carmelitas. Monaguillo y aprendiz de sacristán, más de un real se me fue en la Taberna de los Diablos. Y no piense mal de los isleños, señor, que la huerta de los Diablos se llamaba aquel predio antes de que el Carmen estableciese su reales en el lugar. Y Taberna de los Diablos se llama el antro que, pared por pared con el convento, y sin estar consagrado, sabe más de vinos que mil sacristías.

Entre ese tugurio, los últimos latines del señor Cayetano, la casa de los Uriarte donde mi madre era como uno más de la familia, y el convento del Carmen, fui creciendo. Aprendiz de hombre, sacristán antes de saber cuál era mi sitio, y bien parecido al decir de alguna experta en la materia...

Que no es por presumir, pero muy pronto fui llamado al cargo de sacristán. Mi predecesor, atraído por las ínfulas de riqueza con que se movían

más de cuatro vividores a la sombra de tanto gerifalte, recordó aquellas palabras de Jesús, cuando dijo lo de “aleja de mí este cáliz”. Lo alejó tanto de su sitio original que dio con sus huesos en prisión. Escarmentado en cabeza ajena, procuré combinar pecado, arrepentimiento y penitencia con el debido equilibrio. Sólo el atractivo de los buenos caldos de Chiclana y algún que otro desahogo en casa de la Pringá alteraban mi rutina. Como en la taberna del Diablo había buenos precios y confianza, acabó por convertirse en una segunda morada y, al mismo tiempo, lugar de aprendizaje. Que entre rufianes, secretarios, soldados y demás estamentos, aquello era un mundo en miniatura...

El caso es que antes de que me diese cuenta, llegaron los años en que las cañas del norte se volvieron lanzas.

Comenzaban a vivirse tiempos aún más revueltos que los vividos hasta entonces. Acostumbrados a ir de mal en peor, comenzamos a pisar de charco en charco sin acabar de comprender por qué aquel sendero nos llevaba del hambre a la miseria mientras los responsables de la cosa pública parecían andar como locos sin norte.

6.- MI MAESTRO

En los momentos de calma, si es que los hubo alguna vez en esta Isla, nuestras calles hervían como boca de hormiguero. En contraste, perderme por las huertas del Pedroso y alrededores era como descubrir un mundo en calma sólo roto por bandadas de pajarillos que burlaban las burdas defensas protectoras del trabajo de aquellos infelices hortelanos. Un ejército de espantapájaros y demás fantoches vestidos con harapos de falsa grandeza defendían aquellos predios con más dignidad que muchos de nuestros egregios gobernantes.

Recordando aquellos monigotes cualquiera diría que hay cosas que no cambian... Pasaron un par de años hilvanados entre misas, visitas a la taberna y otras, más espaciadas, a casa de la Pringá. Que aunque los cuartos fuesen escasos, no lo era la fuerza de mi sangre joven. Y si allí, más de un cura compartía mesa, cama y coima con las gentes del mar y demás forasteros allegados, no iba a quedarse atrás un sacristán que, además, aprendió el camino de manos de su maestro, como ya le dije antes. Aunque, llegados a este punto, no vaya usted a pensar mal del señor Cayetano. Recuerde, señor Ogirando, que este aprendizaje fue puramente ocasional y alejado de sus intenciones. Amén que de no haberme venido de sus manos, o mejor dicho, de sus pasos, no hubiesen faltado medios para llegar a conocer aquellos lugares, vista la abundancia y alta alcurnia de sus visitantes.

Hablando de mi maestro, creo que no le había comentado cómo el señor Cayetano alcanzó el honor de su cojera, que a mucha honra la lleva el buen hombre. Estuvo embarcado un tiempo en el Cabo de San Vicente, allí luchó como un jabato al pie de un cañón hasta que un proyectil inglés se llevó por delante su pierna izquierda. En reconocimiento, cuando volvió a la Isla, el comandante de su barco lo recomendó a los señores de Lazaga, y desde entonces es su escribano.

Porque el señor Cayetano, para su conocimiento, es un hombre que se hizo a base de coraje. Y como los hombres humildes no andan con poemas heroicos, sino que los viven, no hacen falta más palabras para conocer el alma de mi maestro. Huérfano, fue depositado en el Hospicio, apenas nació cuando el cuerpo de su desgraciada madre aún estaba caliente.

Su padre, como otros tantos infortunados, había pagado meses antes con su vida el tributo que la mar se cobra tan a menudo por estas tierras. Las traicioneras redes de una almadraba allá por el Castillo de Sancti Petri dieron cuenta de sus pocos años cuando apenas había comenzado a vivir. En el Hospicio, bajo la mano dura y entregada de un maestro, aprendió algo de letras.

De allí, los rezos diarios y su bondad natural lo llevaron a profesar como hermano lego a un convento de Cádiz cuyo nombre prefiero no decirle, pues aún goza de fama su pobre y escasa cocina y no es cosa de indisponerse con la Iglesia como usted bien sabe.

Siendo como era un joven muy despabilado, aprendió latines e incluso estuvo a punto de recibir órdenes mayores. Pero... un vecino de celda procedente de familia muy humilde y que vivía tan escaso de dineros como abundoso de hambre, caviló en las ventajas que, para meterse en el negocio del contrabando, ofrecía la soledad del entorno del convento y los recovecos de los callejones que lo rodeaban.

Desde las sinuosidades de los caños entraban en la bahía materiales que, escapando de los arbitrios reales, ofrecían sus beneficios a más de un arriesgado aventurero. Este vecino de celda que le digo, decidió que si otros sacaban su tajada de allí donde buena o malamente se podía, él no iba a ser menos. Y como en sus escauceos por los barrios de Cádiz había tropezado con algún que otro traficante, decidió participar también en la empresa.

—Que nadie sabe nunca lo que puedes necesitar y unos cuartos a buen recaudo no estorban —se justificó cuando el señor Cayetano lo sorprendió dedicado a las labores de ocultación.

Así pues, este compañero, convertido en cómplice del picaresco negocio,

escondía el material en su celda del convento hasta que iban a recogerlo los marchantes.

El caso es que en uno de aquellos trasiegos, se formó una trifulca en los corralones que festoneaban la parte trasera del convento, justo debajo de la ventana de su celda. Por echarle una mano a su vecino, ambos salieron manchados.

Afortunadamente, enterado de que aquel delito fue más producto de la hambruna de unos estómagos dados a comer piedras que maldad de delincuentes, y preocupado por el posible escándalo y vergüenza que de aquella mala aventura se podía derivar para la iglesia, intervino el señor obispo.

Poco tiempo después fue cuando el señor Cayetano abandonó el convento y se enroló en el Vencedor, que por aquellos tiempos estaba bajo el mando de don Dionisio Alcalá Galiano, un hombre donde el valor, la sabiduría y la sensatez andaban a la par, como usted bien sabe y su hijo le habrá comentado alguna vez.

–Como que si no se embarca, mi tío va derechito a la cárcel –dice Sixto cuando sale el tema de sus aventuras y desventuras.

Llegados a este momento, hoy comprendo más que nunca, y espero que usted también, las visitas de mi viejo maestro a casa de la Pringá. Cierto y bien cierto es que en casa de los Lazaga fue bien recibido y allí encontró calor, comida y trabajo. Y que, gracias al tercero, los dos primeros no le fueron regalados.

Pero también lo es que aquel buen hombre nunca supo de un verdadero calor humano. Si en aquella casa de tercerías pudo encontrar algo de él, aunque fuese compartido, dígame usted quien tiene la desvergüenza de llamar a ese pecado. De este calor que allí gozaba, tuve conocimiento más tarde. Ya andábamos metidos en el fregado con los gabachos cuando una mañana, mientras mi madre andaba entre cacharros en la cocina. Llegó un recado del señor Lazaga interesándose por la ausencia del señor Cayetano. Habían caído algunos obuses por los aledaños y no estaba el horno para bollos.

–No aparece por ningún lado desde la noche pasada...

Como ya, éste que le habla había comenzado a saber de la vida y milagros del maestro, cortó por lo sano la intriga:

–Creo que algún amigo de confianza requirió ayer su presencia en casa. No se preocupen, me coge de camino. Le dejaré recado.

Acerté de lleno. La casa de la barragana aún estaba cerrada, pues no eran horas para el negocio, como usted bien sabe. Y no me mire con esa expresión de inocencia. Llamé a la puerta de una forma convenida que sólo conocemos la gente de confianza. Precisamente fue a abrirme Lucía, la coima de mi maestro.

–Pasa un momento, está terminando el desayuno...

Allí estaba el señor Cayetano. Sentado en la mesa, cuchara en mano, y dando cuenta de un desayuno servido a mesa y mantel como si de un nuevo preboste se tratase. No necesité palabras para comprender que mi maestro se sentía en aquel momento el hombre más feliz sobre la faz de la tierra. Un servidor servido, un hombre escaso de cariño que, por unos momentos, lo conocía venido de unas manos que, posiblemente, estaban tan escasas de él como quien lo recibía. Un hermoso ejemplo que despertó mi más profundo respeto por aquella pobre infeliz capaz de ofrecer algo que ella también necesitaba...

Allí, una vez más, conocí qué falsa puede ser la vida entre los quiméricos oropeles y vanas grandezas de tanto emperifollado como deambulaba arrastrando su falsa nobleza por la Isla.

Eran los primeros días de junio del 1808. Por Sevilla, el día 26 de mayo, si mal no recuerdo, se extendió una insurrección que bajaba desde Madrid como si de una catarata se tratase. Mientras tanto, aquí, Apodaca andaba loco por dar al gabacho algo de lo que le tenía guardado. Y se lo dio allá por el día 14 de junio al Almirante Rosilly, como usted recuerda. Pero de eso hablaremos otro día.

7.- CON ESTOS AMIGOS...

Por aquellas fechas conocí al alférez Sánchez de la Campa. Un hombre. El Bonito le decían. Elegante, bien plantado y con ellos mejor plantados aún. Vaya, que haría bien El Conciso en ocuparse de él algún día. Un héroe de los que no andan galleando como tanto fantoche que pasea sus penachos por la Isla sin haber olido la pólvora ni de casualidad. Fue en una de sus clásicas incursiones por las tabernas de la Isla. Entre jarra y jarra iba tirando de borrachos y desheredados para cubrir unas tripulaciones tan fantasmagóricas como los mismos barcos en los que muchos de ellos iban a dejar su vida a cambio de un mal bocado y una buena promesa, como bien sabe usted.

Me libré por los pelos. Bueno, por los pelos y por un monaguillo del Convento del Carmen. A decir verdad, yo ni me acuerdo. Tenía más vino que sangre en mis venas. Justo cuando el Cazalla me tenía agarrado por el brazo, según me dijo después el Rata, se presentó en la taberna un monaguillo:

–Benito, un aviso urgente. Hay que llevar los santos óleos a un moribundo...

Entre el miedo de verme convertido en héroe a la fuerza y la estentórea protesta del Cazalla que, como de costumbre, estaba de anís hasta el cogote, hicieron la luz en mi cerebro. Se evaporó el alcohol en un santiamén y, desasiéndome de un tirón, trinqué al monaguillo del cuello. Ambos, haciendo ostentación de nuestra pertenencia al estamento eclesiástico, abandonamos el local antes que canta un gallo.

Como le decía días pasados, las aguas bajaban turbias de Madrid. El día 26 de mayo, en Sevilla se formó una trifulca que no presagiaba nada bueno. Algo raro se cocía por los comederos del poder. Con decirle que nadie se aclaraba sobre quién era, en verdad, el rey de España, ya se puede hacer idea sobre el gazpacho que se cocinaba en nuestras cabezas. Que si Carlos, que si Fernando, que si un hermano de Napoleón...

Aunque por muchas disputas que tuviésemos sobre este negocio lo cierto es que, en nuestro fuero interno, nos importaba un bledo tal cuestión. Importantísima según quienes tenían algo que ganar o perder con aquello, claro. Pero a la mayoría de los isleños, se nos daba un pimiento el nombre del que vivía, o iba a vivir a costa de nuestra miseria.

Es por eso, precisamente por eso, por lo que éste que le habla, no acaba de comprender por qué le pasó lo que le pasó al señor Solano. Vale que el Conde de Teba trajera órdenes tajantes de levantarnos contra el gabacho. De eso supe antes que nadie por las conversaciones que mi madre oyó en casa del amo. Días antes andaba por Madrid. Ante el cariz que aquello tomaba le faltó tiempo al señor Uriarte para venirse camino de la Isla. Jugándose el tipo a través de media España: tenía que estar con los suyos. Y si malos tragos pasó por el camino, peores eran las noticias que traía.

Metido de lleno en el fregado, y en su condición de Capitán General, don Francisco Solano, buen hombre donde los haya, se limitó a actuar con prudencia para evitar derramamientos de sangre que tan irreparables podían resultar.

Y eso, fíjese bien, eso, le costó la vida de la forma más cruel e injusta que se pueda imaginar. Tres días después de lo de Sevilla, el señor Solano, un hombre honesto, cayó arrastrado por la turba y vilmente asesinado por aquella masa manejada por no sé qué mano cobarde. Que eso no hay quien me lo quite de la cabeza. Alguien, vaya usted a saber quién, debió calentar a las masas que se movían sin norte por las calles de Cádiz.

Al fin y al cabo, cuando don Tomás de Morla se hizo cargo de la capitanía General y del Gobierno Militar de Cádiz, lo primero que hizo fue publicar una proclama que, como usted bien sabe, había escrito días antes el mismísimo don Francisco Solano. En ella se daban instrucciones para preparar la lucha contra el gabacho de mierda. ¿A cuento de qué, entonces, aquella villanía?

Creo que conoce usted sobradamente a don Antonio Alcalá Galiano, así que sobran palabras acerca del valor y la hombría de bien de don Francisco. Don Antonio se las habrá repetido más de una vez: “Era Solano gobernador celoso y entendido... digno de aprecio y de buen afecto...”. Fue eso lo que dije

por aquellas fechas cuando visitaron ustedes la casa del señor Uriarte, ¿cierto?

Y entre tantos dimes y diretes como se corrieron por aquellos días finales de mayo, ¿quién iba a preocuparse por el nombre de un rey que nos sonaba a música lejana cuando, además, mucho más cerca, en los buques que navegaban por nuestra bahía, ondeaban tres banderas distintas y tres intenciones aún más distintas? ¿Qué nos iba lo de fuera cuando en nuestras propias barbas veíamos cómo gabachos e ingleses se miraba entre sí y nos miraban, a su vez, como el gato hambriento mira a un ratoncillo?

Eso sí que nos traía por la calle de la amargura. Otra vez metidos en camisa de once varas, mirando a una y otra bandera sin saber a qué música quedarnos. Aunque estábamos seguros de que a ninguno de los dos le importábamos una higa. Mientras los ingleses se apostaron en la boca de la Bahía, dispuestos a huir de la quema a las primeras de cambio según las malas lenguas, los gabachos buscaban el refugio de la Carraca.

Para Rosilly, inquilino de la Carraca desde lo de Trafalgar, aquello era como su propia casa. Y si encima contaba con la inocencia de algún comandante español que metió su barco entre los gabachos como si fuese un pajarillo entre sus padres, el almirante acabó por sentirse tan seguro como en la cocina de su lejano hogar. Porque astucia para guardarse las espaldas, eso sí tenía el gabacho. Y el San Justo, medrando entre los barcos gabachos parecía ser el guardaespaldas que el gabacho necesitaba.

Pero las aguas andaban turbias por la bahía. Y el olfato de los infelices de siempre, los desamparados de la fortuna a quienes nos toca dar lo poco que nos dio la naturaleza, no suele fallar en determinadas ocasiones. En ésta, tampoco falló. Que si la sabiduría popular dice aquello de que la sangre del pobre el rico se la come, en la Isla ya se cocinaba nuestra sangre aun ignorando el poderoso que se la iba a zampar. Aunque, todo hay que decirlo, una vez más, alguno de estos ricos con apellido cargado de historia, hacía honor a su nobleza e hidalguía. Curtido por la sal de nuestros mares, y sin más premio que mirarse al espejo sin tener que avergonzarse al ver su rostro. Alguno de ellos, le repito, andaba de nuevo calculando cuánto le iba a costar la broma esta vez. Que sin haber visto un real de lo que tuvo que acoquinar en Trafalgar, de nuevo, se

veía embarcado, a su propia costa en aquella aventura en que, cambiando de tercio, comenzábamos a coquetear con el inglés...

El caso es que por aquí nadie se fiaba de nadie. Del gabacho porque a su soberbia unía los malos recuerdos de años atrás. Del inglés porque nadie olvidaba su engañifa de Gibraltar. Y como al que enemigo tuyo solía ser, nunca le debes en nada creer, comenzando por el mismísimo General Morla, nadie se fiaba de sus intenciones, las del inglés, digo... Purvis se llamaba, ¿no?

Así que aquí paz y después gloria, quédese usted por las Puercas que aquí nos bastamos con lo nuestro, debió responder Morla recordando Gibraltar y escarmentado en cabeza ajena. Algo que por otra parte, y según las malas lenguas, era cierto.

Para complicar más el asunto, según me contó el Cazalla, que estuvo en el jaleo, unos franceses que andaban desahogando los calostros por una de las casas más frecuentadas por ellos, tuvieron la ocurrencia de propasarse con un pordiosero que andaba por los alrededores del Mentidero. El Cazalla y dos o tres borrachos más, tan pasados de vino como los gabachos, la emprendieron con ellos y los mandaron al otro barrio.

Como alguno de aquellos desalmados le tomó gusto al asunto, repitieron la hazaña con algunos desdichados comerciantes que, llevando años entre nosotros, no habían cometido más pecado que el de ser franceses.

El mismo Cazalla me lo contó después, cuando coincidimos en la Batería de Urrutia. Y a pesar de que nos la estábamos jugando con ellos, aún le reconcomía en lo más hondo de su corazón la tropelía cometida con aquellos infelices comerciantes que no tenían más delito que el de llamarse Jean c Paul...

—La misma que cometimos con el General Solano...—concluía con la mirada hundida en la arena.

8.- LA CARRACA

De los amigos guárdeme Dios, que de los enemigos me guardo yo, decía mi maestro cada vez que surgía el tema de los velámenes que adornaban las puestas de Sol en la Bahía. Gabachos por un lado, ingleses por el otro y los nuestros poniendo buena cara a todo el mundo. Como nadie sabía a qué carta quedarse, ¿quién le ponía velas al diablo?

Porque, como decía mi maestro, entre diablos andaba el juego. Que, recordando los tiempos pasados, lo de tanto monta, monta tanto, cobró plena actualidad aunque con distintos protagonistas: “Tanto monta, monta tanto, el inglés como el gabacho”, decía entre copa y copa el Coquina con esa puñetera gracia que Dios le ha dado.

Así fue hasta que las cosas se calentaron con lo del señor Solano. Se rompió la baraja y cada uno tiró por un lado. La soldadesca gabacha tuvo que recogerse en sus navíos ante el peligro de ser linchados en tierra a la primera

excusa que se presentase para ello.

Había que poner las cosas en su sitio y, todo hay que decirlo, el Almirante Apodaca andaba loco por ponerlas y ajustar cuentas con el gabacho. Como la ocasión la pintaban calva, el Almirante se puso manos a la obra en cuanto le dejaron las manos libres. El Cazalla, que se las arreglaba como pocos para andar de un lío en otro, se metió en el jaleo hasta las trancas. Pocos como él tienen la vista tan aguzada para poner la bala donde ponen el ojo. El mejor artillero que dio la Bahía de Cádiz, según decía de él don Juan Topete, que lo tuvo bajo su mando directo en alguna operación años antes.

Era tan proverbial su maestría en el manejo de la artillería que más de una vez hubo sus rifirrafes entre los mandamases para llevárselo a su barco. Tanto es así que puede presumir de ser de los pocos que, cuando la suerte quería, veían llegar su soldada a tiempo. El mismísimo don Juan se la pagó de su bolsillo y por adelantado cuando armó la escuadrilla de Fuerzas Sutiles del apostadero de San Fernando. Y en el caño de Sancti Petri dejó buena muestra de sus merecimientos. A pulso se ganó la soldada, la suya y la de media tripulación.

Noche hubo que, al entrar en la taberna de los Diablos, era recibido como si de un general se tratase. Borrachera hubo, acompañada de la correspondiente visita a casa de la Pringá, que no le costó un maravedí.

Lo que son las casualidades, señor Ogirando, los aragoneses con su jota, que por cierto sonaba por aquí con un regusto gaditano y los gaditanos con nuestros minúsculos faluchos llenos de picardía pusimos manos a la obra precisamente el mismo día.

De tal coincidencia supe después por un artículo que me dio a leer mi maestro. Pepito Robles, lo firmaba, si mal no recuerdo. Éste, y don Antonio Alcalá Galiano, que acababa de llegar a nuestras tierras, andaban recogiendo testimonios de cuanto por aquí vivíamos con la naturalidad de quien está acostumbrado a sufrir. Héroe y protagonistas de una gloriosa página de nuestra historia, nos llamaban sus amigos. A la vista de lo que en ambos lugares, tan alejados y, a la vez, tan cercanos en el corazón, se andaba cocinando.

¿Héroes nosotros? Bueno si ustedes lo ponían por escrito, así será, pero acostumbrados a recibir palos de diestro y siniestro, eso de morir y ver morir a lo mejor de la Isla hacía tiempo que nos sonaba a pura rutina.

Fue el 14 de junio de 1808, la jota aragonesa y los cantes de Cádiz se clavaron en el gahate del gabacho como dos puñales de coraje. Amaneció ese día que tan lejano queda ya a pesar de que todo sucedió ayer mismo, como quien dice. Según contó su amigo Pepito Robles, ese día comenzó en Zaragoza un sitio que duraría una eternidad. Y el mismo día, mire usted por dónde, Rosilly, que estaba de holgazanas en la Isla desde hacía tres años, supo de cómo el valor y la vergüenza son, muchas veces, capaces de sacar los colores al poderoso.

El mismísimo Solano, días antes de su ominosa muerte, había dispuesto que algunas embarcaciones de poco calado pero de aventajada movilidad por los caños vigilasen de cerca los movimientos de la escuadra francesa. Las fuerzas sutiles, como usted sabe, que buen nombre tienen y mejor cumplen su labor. Faluchos chiquitos pero matones, a más de un gabacho le cortaron la sonrisa cuando los vio aparecer.

En uno de ellos andaba el Cazalla, que acariciaba sus obuses de siete pulgadas como quien mimaba a un niño de pecho, así de cuidados y limpios lo tenía. Sólo le faltaba darle un besito al levantarse cada mañana, al decir de algún compañero.

Y como el buen humor con la misma moneda se paga, el Cazalla se abrazaba a su pieza bromeando:

—Este niño me trae el pan debajo del brazo. Y quien sabe si algún día de éstos no nos trae la vida misma.

Y acertó.

El San Justo y otros barcos que, como bien sabe usted, cayeron en la picardía de Rosilly permaneciendo anclados entre los gabachos fueron, durante unos días el mejor escudo que éste pudo encontrar. Aquello fue un juego entre los ratones y el gato. Hasta que las cosas se pusieron en su sitio. Los ingleses, fuera de la bahía, que ya tenían bastante con Gibraltar. Si querían ayudar, que

esperasen fuera. El San Justo y sus inocentes compañeros, fuera de las garras del gato. Había llegado la hora de los ratones.

Y en toda aquella barahúnda, el Cazalla. Asomando los bigotes por la Carraca, su falucho, apenas una barquichuela ágil como una lagartija, se coló un amanecer, meciéndose entre las brumas al compás de la marea, hasta las mismísimas tripas del Algeciras, le soltó un disparo justo en la línea de flotación y antes que canta el gallo, de nuevo se había perdido caño adentro. A partir de ese momento, fueron cinco o seis días en que los ratones, tripulados por gente que no sabía un pimiento de letras pero que sí guardaba en el corazón más de un nombre perdido por culpa de la cobardía de aquella gente, dio el ciento por uno de lo que tenía dentro hasta aburrir al gabacho.

Rosilly, incapaz de soportar el incordio de las fuerzas sutiles y del fuego cruzado de otros barcos acabó por rendirse. ¿Qué remedio le quedaba? Enviado a España para sustituir a Villeneuve, acabó por pagar los platos que éste rompió.

Así quedó para la historia, señor Ogirando. Si en estas tierras Nelson pagó con la vida su última victoria, el gabacho pagó con barcos su primera derrota en suelo español. Principio y fin del mundo, cualquiera diría que esta tierra bendita y tantas veces vendida por quienes no merecieron pisarla fue marcada por Hércules con el sello del valor.

9.- LAS MILICIAS

Bien visto, aquello apenas fue un sueño. No habíamos saboreado aún nuestra victoria cuando, de nuevo, teníamos al gabacho a las puertas de la Isla. Ni la Carraca, ni Bailén, un mes más tarde, fueron suficientes para cambiar sus intenciones. Apretando las tuercas allí donde tenían fuerza para hacerlo, que es tanto como decir en toda España, poco tardaron en hacerse notar en nuestras propias barbas. Las cosas empezaron a ponerse serias, qué quiere que le diga. Huyendo de la quema, la Isla comenzó a llenarse de gente principal, como usted sabe. Que si los de la Regencia, que si el Teatro de Comedias a punto de convertirse en sede de las Cortes...

Bien alimentados, mejor vestidos, y llenando de trampas la villa entera, tomaron posesión de casas y haciendas con tal profusión, que si hubiesen pagado lo que dejaron a deber, hoy sería rico hasta el último mariscador del lugar. Cómo serían de malos pagadores que, por deber, hasta las Cortes se trasladaron a Cádiz dejando casi en la purita ruina al dueño del Teatro de Comedias. Pues imagino que sabrá usted que, al día de hoy, este señor aún no ha visto un real de lo estipulado por el alquiler del local.

Ah, y no olvide señalar esto que le acabo de decir. No vaya la gente a creer que lo de reunirse las Cortes en el Convento del Carmen fue por espíritu religioso. Después de un par de años con el puño apretado como dogal en el cuello de un condenado, a ver quien tenía la cara tan dura como para volver a pedir la cesión del Teatro de Comedias para celebrar nuevas reuniones.

En estas circunstancias, entre cañones bramando a uno y otro lado de los caños, con el viento de levante burlándose del invasor, pasó el tiempo hasta

que por circunstancias que no vienen ahora al caso, acabé en las Milicias Honradas de la Isla.

Hablando de cañonazos y del viento de levante. Me pregunta usted sobre qué es lo que se piensa del enemigo entre la gente llana. No es fácil la cuestión, créame. Dicen que quien honra al enemigo se honra a sí mismo, pues cuanto mayor es el valor de éste más gloria tiene quien lo derrotó. Dicho esto, sepa que si por un lado nadie duda que estos gabachos sean hombres de verdad, y muy hombres, por el otro, de vez en cuando sale a colación la ingenuidad, e imprevisión, con que actúan en su desconocimiento de nuestra tierra. Claro que para quien no ha pateado cada rincón de este terreno, nuestras islas no son una perita en dulce que se diga: caños, arenales y fangales son un laberinto que sólo conoce quien los ha mamado desde niño. Y así, sin despreciar su valor – que, como hemos quedado, no debe un buen guerrero menospreciar al enemigo–, se comenta, con la chufra de la tierra, una de sus paridas más sonadas por el barrio de la Viña. Fue por las bombas que por aquellas fechas descargaron sobre el barrio y sus alrededores.

Recuerdo que fue su amigo don Pepito Robles quien lo contó en El Conciso. Luego, la noticia corrió de boca en boca por media España. No sé cuánto habrá de cierto en ello, que eso le corresponde a usted decirlo. Yo sólo le cuento lo que se dijo por aquí.

El Cazalla, que de esto sabe lo que no está en los escritos, lo contó así una noche en la taberna del Diablo:

–Si son tontos estos gabachos que, para que el viento de levante no se lleve sus balas a la quinta puñeta, no se les ocurre otra cosa que cambiarles parte de los explosivos por plomo. Y claro, las bombas ya no se van a matar peces a la Caleta, pero como ni explotan ni cosa que se le parezca, hasta nuestras mujeres se lo han tomado a guasa.

–Las mujeres.... Y los chavalitos –completó, entre carcajadas, el Coquina–. Oíd, oíd lo que el otro día cantaban unos gitanillos por el barrio del Pópulo:

“Con las bombas que tiran

los fanfarrones

se hacen las gaditanas

tirabuzones”.

Pues las hembras cabales

en esta tierra

cuando nacen ya vienen

pidiendo guerra.

¡Guerra! ¡Guerra!

Y se ríen alegres

de los mostachos

y de los morriones

de los gabachos.

Y hasta saben hacerse

tirabuzones

con las bombas que tiran

los fanfarrones.

...

Son de tierra y no se notan,

las murallitas de Cádiz,

son de tierra y no se notan,

pa que en ellas los franceses

se rompan la cabezota.

...

Cañones de artillería,

aunque pongan los franceses

cañones de artillería,

no me quitarán las ganas

de bailar por alegrías.

...

Pero las bombas de nuestros faluchos... esas hacen daño de verdad. Tanto como las de ellos cuando aciertan, que no todo son oropeles y discursos... Hambre, miseria y gente que ha de buscarse la vida como puede y donde puede, eso es lo que nos tocó vivir por esas fechas. Imagino que usted no se ha caído de un guindo y algo de eso sabrá...

Puestos en tal escenario, y visto cómo más de uno se jugaba el pellejo mientras los suyos morían de hambre, pensará usted que, estando como estábamos más que hartos del gabacho y sus chulerías, el pueblo llano acudiría en masa a alistarse en las dichosas Milicias Honradas de la Isla. Grave error, mire usted. Piense que si para los trabajos de fortificación ya había problemas qué no sería a la hora de buscar gente para empuñar las armas... Y no era para menos, visto cómo malpagaban nuestra sangre, cuando la pagaban, mientras ellos, los gerifaltes andaban de picos pardos día y noche. Pocas ganas nos quedaban de jugarnos una vida hecha con girones de miseria para defender aquella manada de toros mansos que ni para vivir en la opulencia tenían categoría.

Aún guardo el bando que un mensajero colocó en la entrada de la taberna de los Diablos. Lea, lea que, adivinando lo que usted quería sacar hoy a colada, tiré de él para su conocimiento:

“Atendiendo a la indolencia de los vecinos en no presentarse a los trabajos de la cortadura de los arrecifes del puente, se hace saber: serán castigados con la pena de 200 azotes al que no se presentara desde la hora de su publicación, a dichos trabajos.

Real Isla de León,

A 13 de febrero de 1810”.

Bueno, pues si esto sólo era para trabajar, piense qué no sería a la hora de enrolar a los hombres en edad de tomar las armas.

Las Milicias Honradas de la Isla... Mire qué nombre tan hermoso: Milicias Honradas.

Muy claro lo decía la orden por la que se instauraba el referido cuerpo en la Isla. Sus componentes habían de ser hombres de probada honestidad y valía. Una especie tan rara, al decir de don Cayetano, que ni en el Teatro de Comedias se encontraba fácilmente. Algo así como buscar una aguja en un pajar, que diría el Coquina. Lo mismo debió pensar el Alférez Sánchez de la Campa cuando decidió cortar por lo sano y hacer colecta de todo bicho viviente que deambulase con dos copas de más por tascas y demás tugarios de mala muerte, que de eso sí que está sobrada la Isla.

Borrachos, hambrientos y cuatro inocentes ingenuos pasaron a convertirse en los verdaderos héroes de un pueblo orgulloso en su pobreza. Que si entre aquella tropa no abundaba la sangre de probada honestidad, cuando llegó el momento, dieron sobradas pruebas de que, sin necesidad de papeles ni zarandajas burocráticas, en su sangre bullía lo mejor de una España que estaba escribiendo páginas de libertad.

–Ojos que no ven, corazón que no siente, y como por fuera todos los hombres son iguales, evitando la pregunta evitas saber la verdad de su honradez... –explicó a sus superiores cuando, al cabo de dos semanas, comenzó a aumentar el número de milicianos honrados.

Y ahí los tiene usted, heridos en el alma, lobos que saben sufrir, y más sobrados de honra que muchos de los que de ella presumen, son el brazo de esta nueva España que se forja en los rincones de una tierra libre. Y eso, aun sabiendo que cuando las aguas vuelvan a su cauce, nadie sabrá de ellos más de lo que saben esas retamas que los vieron morir.

10.- ENTRE AMIGOS

Qué quiere que le diga, el alférez Sánchez de la Campa, Bonito para los Voluntarios Honrados de la Milicia, es más cursi que mandado hacer. El Coquina, macizo como un arado romano, dice que el Bonito donde está bien es entre las figuritas de porcelana que tiene su abuela en el chinero.

Y no se confunda usted, señor Ogirando. Que si en la Batería de Urrutia lo bautizaron así no fue por burlarnos de él ni por hacerle de menos. A la hora de la verdad, el Bonito los tiene tan bien puestos como el que más. Pero eso sí, educado en un colegio de curas, nunca olvida que buenas palabras y buenos modales, todas las puertas abren. Claro que él también iba donde todo hombre que se precie de... Bueno, dejemos eso a un lado: quien esté libre de pecado que tire la primera piedra, y ese no seré yo, para qué vamos a mentir...

Del Coquina, qué quiere que le diga. Si lo contrario del día es la noche, lo contrario del alférez Sánchez de la Campa es el Coquina. Y no digo que el Coquina sea feo –que, de eso, quien sabía era el Paleta–, pero macizo, bruto y mal hablado, para dar y repartir. Vaya, que usted pone un retrato suyo en el Puente Zuazo y a ver qué gabacho tiene cojones de acercarse.

El Coquina era primo de Luquitas, ¿recuerda?, el que embarcó en el Neptuno cuando lo de Trafalgar. Ese sí que era un hombre de armas tomar. Y, por si faltaba poco, se la tenía jurada a los ingleses por lo de Gibraltar.

El caso es que el Coquina no deja de repetir cada vez que agarra una turca aquello de “amigo traidorcillo, más hiere que un cuchillo”. Y un cuchillo es lo que se clava en su corazón cuando recuerda cómo unos cuantos gabachos, los muy cabrones, tomaron las de Villadiego en Trafalgar.

Así que ya se puede imaginar. Estábamos aquí mismo, en la Taberna de los Diablos, cuando apareció el Bonito acompañado de un sargento escribano y dos soldados más. Venían haciendo una leva para el Regimiento de Milicias de Voluntarios Honrados.

El alférez estaba para un retrato. Era un maniquí, mire usted. Dentro de la taberna, cuatro sacristanes, siete asistentes y otros tantos escribanos de las Cortes que hacían tiempo mientras sus amos desahogaban penas y calostros en casa de la Pringá que, por cierto, era, y es, la mejor surtida de la Isla. Total, que después de leer el dichoso bando, y como todo se pega, terminó en plan orador de las Cortes:

–¡Volemos, hijos de la Isla! ¡Volemos al campo del honor! Preso nuestro Rey, vilmente hoyada nuestra Patria, juremos no doblar jamás la cerviz al yugo afrentoso de esos advenedizos engañadores que, so color de amistad, pretenden tiranizarnos. ¡Vencer o morir sea el juramento irrevocable de nuestra División Isleña!

Aunque no se lo crea, éste que le habla fue el primero que se levantó. Y no es que uno tenga madera de héroe, pero usted me dirá qué hacía yo. Sacristán hasta hacía pocos días, nunca me faltó un plato de comida caliente, ni un catre donde dejar caer los huesos cada noche. Ni mis desahogos, que para eso éste que le habla tenía las fuerzas que a otros, con más posibles, le faltaban. En casa de la Pringá lo saben bien. Gracias a eso, uno siempre era bien recibido por las buenas artes que me daba a la hora de completar las tareas que dejaba a medias algún preboste, y no me refiero sólo a señores principales, que alguna que otra sotana se levantaba por allí a horas que más vale no señalar.

–Benito Fopiani –me presenté–. Conozco las cuatro reglas, las primeras, y hasta algo de las segundas letras, que hasta un poquito de latín aprendí: “*ad verberis ad verbera*” que, ya lo dijo el sabio, “*dulce et decorum est pro patria mori*”. Dicho en román paladino, que es hora de pasar de las palabras a los

golpes –concluí entre palmoteos y guasa de cuantos andaban por la taberna.

El Paleta, que estaba asomado a la puerta de la cocina, salió y arrodillándose con las manos unidas como quien va a recibir su primera comunión, gritó lloriqueando entre risas:

–Danos tu bendición hermano Benito.

–Hombre, mira que bien, cambiamos el hábito por el uniforme. Claro que como por levantarte los hábitos perdiste tu plato de lentejas... –sentenció el sargento escribano.

Y éste, que se tuvo que callar. Al fin y al cabo, eso fue lo que me pasó. Cuarenta clientes ensotnados pasaban por allí y a mí me tocó la china. Un clérigo de estos tan sabios que andan por el Teatro de Comedias pasaba por allí cuando yo salía. Y a mí me tocó pagar los platos rotos. Que vaya usted a saber qué hacía tal señor por aquellos lugares a esa hora.

Por cierto, me cavilo yo que si el sargento sabía lo mío no estaría tan lejos cuando sucedió. Que es lo de siempre, ¿sabe? Si el buen feligrés debe seguir el sendero marcado por los curas, y visto el ganado que tenía la Pringá, este que le habla, como buen cristiano que es, no les va a ir a la zaga.

Y si ilustres oficiales calmaban sus fiebres donde éstas se apagan con tanto gusto, ¿Por qué iba a ser menos el sargento?

Bueno, a lo que íbamos. No había terminado el sargento de escribir mi nombre cuando el Coquina se levantó y pegó un puñetazo en la mesa:

–Si es para darle por ahí a esa pandilla de maricones, aquí están mis pelotas.

Iba a cortar el Bonito las bravatas del Coquina pero, al ver el panorama, prefirió callarse y dejar el agua correr. Después de tres semanas de cosecha nula, salvo los cuatro borrachos que empaquetó por las bravas aquello tomaba buen cariz. Allí no se quedó sentado ni el apuntador. El Coquina imponía con su vozarrón.

–A cada puerco le llega su San Martín. Por mis muertos y los de mi primo

Luquitas que ha llegado mi hora –dijo mientras se acercaba a la mesa en la que el sargento, pluma en ristre, se disponía a alistar los voluntarios.

El Coquina, de tanto andar por el fango desnudo de cintura para arriba, está más negro que su corazón cuando le nombran al gabacho. Y si, encima, te agarra del pescuezo con esas manazas que parecen dos palas de salinero cualquiera es el guapo que se queda sentado. Vaya que, gracias a él, el Bonito terminó de una tacada toda la faena del día.

–Tú también –dijo el Coquina tomando al Rata por la entrepierna mientras lo levantaba por encima de su cabeza.

El Bonito se quedó mirando al Rata. Chiquitillo y esmirriado, tenía la cara como se puede imaginar cuando una mano como aquella le aprieta en el sitio más que unas ganas de cagar.

–¿Qué edad tienes mozo? –preguntó el sargento.

–Saber no va en las canas, ni valor en barbas –respondió, desafiante, el Rata.

Con aquella respuesta, el Bonito se convenció de que el chaval tenía los atributos tan bien plantados como estrujados por el Coquina.

–Vale, muchacho, vale ¿Tienes lo que hay que tener para luchar contra el francés?

–Si quiere, mañana tiene usted un par de ellos bien asados para desayunar –respondió el muchacho.

–¿Veis? Si es que este niño se merece dos besos –interrumpió el Coquina mientras cogía de nuevo en brazos al Rata y le plantaba dos besos entre el pitorreo de los parroquianos.

11.- CAMINO DE LA HISTORIA

Una lista de voluntarios, una cruz al lado de cada nombre y, al día siguiente, todos al tajo. Que por aquellas fechas veraniegas, con los franchutes

rondando por sus fueros entre Chiclana y Tarifa, no era cuestión de andar con líos de que si familia de honestidad probada, que si papeleos, que si firmas. Porque honrados, aunque pobres, los había allí a manojitos. Que ya lo dice el sabio: madre vieja y camisa rota no es deshonra. Y no era cosa de echar para atrás a los menos honrados, que todos andábamos tan parejos en ganas de tener un plato caliente una vez al día como de plantar cara a la gentuza del Botella.

En fin, que como a buen hambre no hay pan duro, y vamos a la iglesia por devoción y a la guerra por necesidad, se saltaron casi todas las zarandajas que decía el dichoso bando de recluta.

El Bonito, en honor de la verdad, se ganó bien los cuartos de un sueldo que, por cierto, aún no hemos cobrado. En un par de semanas consiguió hacer que aquella mezcla de borrachos, analfabetos y gentes de bien, que de todo había, adquiriese los mínimos conocimientos sobre fusilería y los rudimentos necesarios para cargar y disparar un cañón de dieciséis libras.

–Ha llegado la hora de que os ganéis lo que habéis comido –nos dijo en plan gracioso el sargento escribano cuando, pasado un mes, nos formó en el patio del cuartel–. Al otro lado del caño esperan los soldados más elegantes y mejor vestidos del mundo. De vosotros depende que se vuelvan a su tierra ricos y famosos o que se vayan con el rabo entre las piernas.

Y, sin más, emprendimos el camino hacia nuestro destino: la Batería de Urrutia. El sitio no era precisamente la casa de la Pringá. Escondida entre retamas y sapinas, engaña desde fuera al más pintado. Siete troneras enfilando a la entrada del caño y otras cuatro guardando el nordeste, ocultan al gabacho una batería de nueve cañones de veinticuatro libras y dos de dieciséis, suficientes para aguarle la fiesta al enemigo que asome los bigotes por la orilla chiclanera o por los caños fronterizos.

Por dentro, aquello es más estrecho que la conciencia de un ermitaño. Escó, sí, para abrir un agujero en sus muros tenían que pegarnos veinte cañonazos en el mismo sitio, si es que tenían cojones de atinar.

Cuando salimos desfilando por las calles de la Isla camino de la Punta del Boquerón la gente del pueblo salió a despedirnos. ¿Homenaje a los héroes?

Para qué engañarle, yo creo que nos confundieron con los payasos de un circo en vista de lo patoso de aquella tropa. Vete tú a saber.

Pero le voy a decir una cosa, lo que nos faltaba de instrucción militar nos sobraba de huevos y de orgullo. Y si a esto le unimos que muchos de nosotros habíamos perdido a amigos y familiares, calcule las ganas que le teníamos al enemigo. El caso es que con el conocimiento que teníamos de los caños que se retuercen como anguilas entre la Isla y Chiclana, difícil lo tenía el gabacho para intentar colarse por allí.

Ya ve, el Rata, por ejemplo, llevaba mariscando por aquellos andurriales desde que su padre decidió buscar riqueza y hacienda al otro lado del charco. Toda su vida, como aquel que dice. Conoce los caños y sus revueltas mejor que la propia casa. Que, bien visto, tampoco era cosa de molestar a su madre cuando ésta dedicaba sus cariños a algún que otro militar falto de ellos, con lo que el uno y la otra ganaban su no sé qué en el trueque, usted me entiende...

—Que si Servando se dio el naje camino de las Américas, Carmela se quedó con su alma en su armario y veintipocos años —justificaba alguna vecina aquellos escarceos que tapaban las bocas de toda la familia.

El caso es que el chaval, avisado como pocos, sabio en lo suyo y listo como el hambre, era capaz de colarse al otro lado del caño, llegar hasta las huertas de “Los Gallos” en plena noche y afanar cuatro o cinco gallinas y media arroba de vino chiclanero para calentar los estómagos de nuestros voluntarios sin necesidad de agotar las propias viandas.

—Y, si se terciaba, de camino me llevo por delante el gaznate de un franchute antes que cante el gallo —presumía de un valor que, si no estaba probado, poco debía de faltarle.

Con la frescura que da el atrevimiento de los pocos años, el Rata se embarcaba en una barquichuela de fondo plano, una batea, vaya, y a favor de la marea atravesaba el caño de Sancti Petri sin apenas meter remo. Silencioso como una rata de agua, desembarcaba entre los fangos de la orilla contraria como quien se pasea por la calle Real.

Cuatro o cinco horas después, sin haber pegado ojo en toda la noche,

estaba de vuelta con su carga de gallinas y, sin encomendarse ni a Dios ni al diablo, las arrojaba sobre el catre del cocinero.

–¡Ahí tienes, Paleta! A ver si mañana no nos matas de hambre.

–¡Ay! –gritaba sorprendido el cocinero.

–Pues guarda para cuando no haya –respondía el chaval huyendo de la quema.

12.- MADERA DE HÉROES...

El Paleta, otro que tal bailaba. En la Taberna de los Diablos se quedaron sin cocinero, pero lo que es a nosotros, buen apaño nos hizo. Porque ahí donde usted lo ve, lo que tenía de palomo cojo también lo tenía de redaños. Así era el Paleta. Mire, en sartenes, un maestro, lo que yo le diga, ¿Que a la hora de entrar usted en la cocina tenía que hacerlo con una mano delante y otra detrás? Vale, así era él. Pero cojones para plantarle cara al más pintado... también.

Estábamos con las cosas del Rata ¿no? Pues vamos al lío, tiempo habrá para el Paleta. No vaya a pensar que las visitas del Rata a la otra orilla eran sólo para traer comida y arramblar con cuatro garrafas de vino. Bueno es recordar que muchas veces, como dice el pueblo, las apariencias engañan. El Rata, que nunca supo de letras ni aun para mal escribir su nombre, había

acabado por desarrollar una memoria de aquí te espero a base de aprender aquellos cantes con los que recorría las tabernas del la Isla mercadeando con su voz al tiempo que con su cosechita de mariscos.

Cuando el Bonito descubrió esta facultad, le faltó tiempo para poner en conocimiento de los superiores la habilidad del Rata. Visto como se las apañaba el gabacho para controlar todos los caminos, nada mejor que un pobre analfabeto para escurrirse entre aquellos “sabios” de pacotilla. El chaval se convirtió en un eslabón irremplazable en el sistema de comunicaciones entre la Isla y las fuerzas del otro lado del caño. Con su pinta de vagabundo hambriento y miserable, se podía permitir el lujo de atravesar entre las líneas enemigas sin despertar la más mínima sospecha.

Y bien se las daba con queso, porque en caso de registro no le encontraban más allá de una petaca de tabaco y una garrafillo de vino. ¿Quién iba a sospechar que en aquella cabeza, con más liendres que pelos, se almacenaban, literalmente repetidas y sin pizca de error, diez órdenes de la superioridad dirigidas a las guerrillas que se movían por los alrededores? Más de una vez debió llegar hasta Tarifa en dura caminata de un par de semanas para trocar noticias y órdenes con las fuerzas allí acantonadas.

Y ahí me gané yo los galones de cabo. Mis buenos ratos adobados de vinc chiclanero, dicho sea de paso, me pasaba leyéndole los mensajes hasta que los memorizaba de punta a rabo.

A todo esto nos habíamos metido en tiempo de lluvias. Entre fangos, incursiones y tiros, cuatro gatos nos bastábamos para tener a raya al gabacho. Si, durante el día, nuestros cañones echaban humo repartiendo saquillos de metralla entre los gabachos del otro lado, de noche, más de una vez, nos colamos por el caño para darle caña al enemigo y escurrirnos de nuevo antes del amanecer camino de la Isla.

Tocaba a su fin el mes de diciembre pasado, cuando, una noche, patrullaban el Coquina y el Paleta entre las dunas de la Punta del Boquerón. Entre nuestra batería y la de San Genís, un falucho pintado de oscuro intentaba colarse en la orilla isleña aprovechando la parada de la bajamar con un suave batir de remos.

Ocultos tras una duna se limitaron a dejarlos hacer, que ya lo decía mi madre: “al peligro con tiento y al remedio con tiempo”. Se trataba de una pareja de espías gabachos. Vestidos de oscuro, con el rostro ennegrecido y las armas envueltas en trapos. Intentaban desembarcar con no muy buenas intenciones a juzgar por sus precauciones.

–¿Avisamos al alférez? –preguntó el Coquina.

–¿Para dos gabachos? Eso es pan comido –respondió el Paleta mientras guiaba a su compinche hacia un sitio seguro–. Mira si son buenecitos que ellos solos van a venir a jugar al tute con nosotros.

Tome nota, escribano. Eso el Paleta, con toda su pinta de maricón. El tío, siempre avisado, escondía un par de cuchillos de cocina bajo la camisa. Le dijo uno al Coquina y los dejaron llegar hasta la orilla. Como se imaginaban, los gabachos buscaron las dunas para caminar a resguardo de la batería. Como tiernas ovejitas se encaminaron hacia las sapinas en las que esperaban los dos compadres. Los dejaron pasar. El Paleta se deslizó detrás de ellos como una comadreja y alcanzó al que caminaba en último lugar. Con la precisión de un matancero, le abrió de un tajo su garganta de lado a lado.

Ese para ti, indicó con un gesto al Coquina, señalando al siguiente.

En menos de un “ora pro nobis”, con un “uno para ti, otro para mí”, se volvieron como quien viene de darse un remojón en la Punta del Boquerón. Fue a la mañana siguiente cuando el alférez, al registrar entre las ropas de los degollados encontró unos documentos que leyó atentamente. Su cara se puso blanca como la cal. En cuanto llegó a la batería llamó al Pozo.

–¿Eres capaz de bordear el caño hasta encontrar las falúas de las Fuerzas Sutiles?

–Y de llegar nadando hasta ellas, si hace falta –fanfarroneó.

Y no hablaba en balde, que no sería la primera vez que, por culpa de una marea de un par de cojones, se vio en un atolladero del que tuvo que salir nadando. El Pozo lleva toda su vida buscando agua dulce entre los esteros de uno y otro lado del caño, y buena mano que tiene para eso el puñetero. Altc

como una torre, las espaldas más anchas que los muros de la batería y un estómago capaz de tragarse una arroba de judías de una sentada, así es el Pozo. Y eso tiene sus inconvenientes cuando se duerme como piojos en costura. Que así es como dormíamos en la batería. Entre lo poco que usa el agua y los efectos del condumio en su cuerpo, más de una noche tuvimos que huir en bloque de su lado como alma que lleva el demonio... El Rata dice que quien pincha lejos y pede fuerte no tiene miedo a la muerte. Y el Pozo, pienso yo, debe de tenerle poco miedo a la parca, porque bien sobrado que andaba de la segunda parte del refrán.

13.- MOMENTOS

Como ve, señor Ogirando, allí había de todo, como en botica. Y lo que no faltaba, eso lo juro por mis muertos, era valor y coraje para dar lo poco que teníamos en defensa de los nuestros. Sigamos con el asunto. No bien respondí afirmativamente el Pozo a la pregunta del Bonito, éste le alargó un paquete precintado y firmado para que llegase tal cual a su destino.

–Hasta que no lleguen a las mismísimas manos del general Topete no

vuelvas.

Como dice el sabio, “las noticias malas, tienen alas”. La noticia de que en la Isla se extendía una epidemia de fiebre amarilla había llegado hasta el enemigo quien, convencido de que esto minaría nuestra moral, preparaba una serie de ataques combinados por varios frentes. Por ahí iban los papeles que el alférez Bonito requisó a los gabachos que se fueron al otro barrio.

A partir de aquel momento, las baterías que van del Puente de Zuazo hasta la Punta del Boquerón se convirtieron en un hervidero de noticias, órdenes, cañonazos y tiroteos sin fin. Así que ya se puede imaginar la que nos cayó encima. No sé por qué a los franchutes les habíamos caído tan mal de repente. Leña al mono, se dijeron, y nos confundieron con monos, mire usted.

En contrapartida, las falúas de las Fuerzas Sutiles recorrían el caño de cabo a rabo sin dejar de batir con su artillería ligera cuanto se movía en la orilla contraria. De un lado y otro del caño no quedó bicho viviente sin recibir su ración de plomo.

Días después, a primeros de febrero de este año de 1811, en una de las incursiones del Rata a las huertas chicaneras, volvió rezando como un sacristán en misa para no olvidar ni una coma de su mensaje. Rápidamente se encaminó al camastro del alférez Bonito y recitó de corrido:

–El mariscal Soult ha sido llamado a Sevilla, parece ser que va a trasladar a Extremadura y Portugal una parte considerable de las fuerzas francesas que sitian la Isla. Por su parte, Sir Thomas Graham ha llegado a Tarifa procedente de Cádiz y está a la espera de refuerzos para atacar la retaguardia francesa aprovechando la marcha de Soult...

Diez minutos estuvo rezando el Rata.

–Este tío se sabe el catecismo del Padre Astete con puntos y comas – resopló boquiabierto el Coquina.

El alférez Sánchez de La Campa anotó algunos datos después de solicitar su repetición al Rata y luego se dirigió a mí:

–Cabo Fopiani. Cuida del Rata como de la niña de tus ojos. Tú y dos más

escoltadlo hasta la presencia del general Zayas.

Aquellos días fueron un toma y daca de idas y venidas sin descanso. Si, por culpa de la fiebre, la Isla vio cómo las Cortes se iban a Cádiz, por otro lado, vimos cómo el general La Peña salía con un cuerpo expedicionario camino de Tarifa, que, como usted escribió por aquellas fechas en El Conciso, también había permanecido libre de gabachos.

14.- ASÍ SE ESCRIBE LA HISTORIA

El ajetreo también se dejó notar en la Batería de Urrutia. Aunque lejos, no estábamos fuera del mundo. El Rata, el muy puñetero, demostró que tenía el nombre bien puesto. Como Pedro por su casa iba y venía de uno a otro lado del caño: del cerro de los Mártires a la batería, de la batería al otro lado del caño y de allí... Bueno, eso no lo sabía ni el Bonito. El caso es que a veces tardaba varios días en volver.

Una mañana el Bonito nos formó en el patio de entrada a la batería a

resguardo del enemigo y, muy solemne, como cuando recitaba aquello de “juremos no doblar jamás la cerviz al yugo afrentoso de esos advenedizos”, dijo:

–Por necesidad del servicio y en premio a su valor y heroicidad demostrados frente al enemigo, os nombro cabos del heroico Regimiento de Milicias de Voluntarios Honrados.

Y allá que entregó sus galones al Pozo, al Paleta y al Coquina. Bien merecidos los tenían. Porque debe saber, señor Ogirando, que entre unas cosas y otras, nos habíamos convertido en el terror de los gabachos que pululaban por la otra orilla del caño. Al mando de varios voluntarios realizábamos, cuando el tiempo y la luna lo permitían, una serie de correrías nocturnas entre el enemigo.

Como el Coquina prometió cuando se alistó, al puerco gabacho le estaba llegando su San Martín, por lo menos, en el caño de Sancti Petri. Aparte de mandar para el otro barrio algún que otro franchute, de camino, metíamos fuego a cuanto podíamos. Un día, se presentó el Pozo con un saco de ropa. Al abrirlo aparecieron cuatro o cinco uniformes enemigos y otros tantos hábitos de monjes, cartujos de Jerez, o algo así.

–¿Para qué queremos eso? –pregunté– Para carnaval estamos ahora.

–Pues mira, todo puede ser –respondió el Paleta–. Además, ¿cuándo vas a encontrar un disfraz más barato para carnaval?

–¿Sabes qué te digo? Que estos pardillos me parece que también han comido borrico en Olvera –dijo el Rata–. Si alguien se anima conmigo, soy capaz de meterme entre ellos sin necesidad de ponerme esa mierda de ropa...

El caso es que entre el poco francés que yo había aprendido, mis latines, la astucia del Rata y las manos del Paleta, que lo mismo te asaba una urta para chuparse los dedos que te arreglaba una sotana, allá que me largué, disfrazado de monje y acompañado por mi monaguillo: el Rata. Echando pestes de tanto inglés y tanto español vendido a la Albión como había en España, me planté sin confiarme a Dios ni al diablo ante uno de los piquetes que patrullaban la orilla chicanera.

–Venimos huyendo de la peste. Intentamos llegar a un convento que quiera acoger a este pobre pecador y a su monaguillo –señalé al Rata que, entre dientes, le daba al padrenuestro con una carita de inocente que vaya usted a fiarse de las aguas mansas.

Uno de los gabachos se dirigió entre risotadas a sus compinches y sacando una navaja con una hoja de dos palmos, me la puso en la barriga. Aquello fue superior a mis fuerzas, de dos guantazos el gabacho y su navaja fueron a parar a los pies del sargento que mandaba aquella escuadra.

–A la lumbre y al fraile no hurgarles, porque la lumbre se apaga y el fraile se arde –recitó el Rata sin apenas levantar la voz y echando mano a la faca, que llevaba escondida entre sus ropajes.

El sargento gabacho reaccionó con una carcajada.

–Se nota que los curas usan poco sus huevos, porque tú los tienes enteros. Venga, a comer todos, que los hombres son hombres vistan como vistan.

Y ahí quedó la cosa. Comimos como cosacos y, al terminar, el sargento nos dijo que durmiésemos en cualquier sitio.

–Mañana os daremos comida para un par de días, y a seguir con Dios.

No tuvimos necesidad de esperar al día siguiente. A media noche, le hicimos un afeitado completo al franchute de guardia y arramblamos con todo lo que pudimos de vuelta a nuestra batea.

Días después de esto partió el Rata al encuentro de las fuerzas del general La Peña que estaba ya en Tarifa desde el 26 de febrero y que, inmediatamente, partió de allí, con las fuerzas inglesas de Sir Thomas Graham, camino de Medina Sidonia. El general Zayas, que estaba acampado en el Cerro de los Mártires, esperó inútilmente noticias: ni éstas ni el Rata, su portador, llegaron.

–Esos cabrones se han cargado al Rata –se quejó el Coquina ante la ausencia de su amigo–. Otra más que sumar a la de Luquitas.

–Son las cosas del destino –dije echándole un brazo por el hombro.

–Una mierda para el destino. Fui yo quien lo embarcó en esto –respondió

estrujándose la mollera como un loco.

En vista de que no llegaban noticias de nuestras tropas, Zayas pensó que ya deberían de haber llegado a Medina Sidonia. Así que se presentó en la playa acampando con toda su gente entre dunas y retamas. Era a primeros de marzo. Aquella tarde el sol se puso entre nubarrones negros y rojos como la desgracia.

–Mañana esto va a estar más rojo que el mismo cielo –presagió el Paleta–. Que ya lo dice el refrán: bonanza en el mar y tizón en el cielo, a sangre y fuego.

–Por Luquitas y el Rata que si se presenta la ocasión, no seré yo quien ahorre sangre –respondió el Coquina.

Amaneció el día tres de marzo de 1811. No olvide esta fecha, señor Ogirando. Zayas, que había tendido un puente de barcazas hasta la otra orilla, inició un ataque en toda regla, pero... el caño, tinto en sangre valiente, indicó a las claras que algo había sucedido para que gran parte de los gabachos no hubiesen abandonado aquellos lugares como esperaban los nuestros.

Esto obligó a Zayas a retroceder, ocasión que aprovecharon algunos gabachos para llegar hasta nuestra playa. Entonces tuvo lugar una dura lucha cuerpo a cuerpo en la que los Voluntarios Honrados demostramos que el Bonito había hecho un buen trabajo con nosotros. Cierto es que, para hacer frente al gabacho tuvimos que unir nuestras fuerzas a las de las baterías de Aspiroz y San Genís, próximas a la nuestra. El Paleta, para que vea cómo muchas veces engañan las apariencias, fue el mejor.

Los gabachos intentaron atacar la batería para tomarla y hacerse fuertes en ella. Valientes como ellos solos, la verdad: que esa gente vendió caro el pellejo. Llegaron hasta el mismo patio de la batería,. Allí están los agujeros de sus balas para dar testimonio.

Tropezando con los caídos se luchó, cara a cara, viendo tu miedo en los ojos del enemigo. Y, lo que son las cosas, el Bonito y el Paleta, el niño bonito y la maricona peleando codo con codo, como dos jabatos. Diez de los nuestros quedaron tendidos allí. Y en todo aquel jaleo, el Bonito que cae herido, dos gabachos que se van derechitos por él a bayoneta calada, y el Paleta, el

maricón del Paleta, con los huevos pegados al culo, como un león, que se pone delante... Los tres dejaron sus tripas sobre el cuerpo del alférez.

El caso es que franchutes y españoles dejamos allí una buena muestra de lo que son capaces de hacer unos valientes cuando la necesidad aprieta. Unos valientes que, por cierto, y si usted lo quiere poner, lo pone, se pusieron a llorar como chiquillos al ver que dos lágrimas como dos puños salían de los ojos del Alférez Sánchez de la Campa cuando, al levantarse, con su uniforme hecho un guiñapo y sin preocuparse por la sangre que chorreaba por su mano, se inclinó ante el cuerpo del Paleta y dijo:

–Gracias, amigo.

En dos o tres días aquello fue Troya. Sin tregua ni descanso, el caño de Sancti Petri se convirtió en un campo de Marte. Zayas consiguió, por fin, pasar al otro lado y, como dijo su periódico, al gabacho le dimos un repaso que, por lo menos, nos devolvió la calma a la Batería de Urrutia.

Aprovechando la calma que siguió al combate, el Bonito dio órdenes de enterrar a los muertos. Buscamos un lugar tranquilo. Entre la retama cavamos una fosa en la que dar descanso a los cadáveres que, semienterrados en la arena, esperaban su lecho definitivo.

–¿Dónde enterramos a los gabachos? –preguntó el Pozo indicando el lugar donde sus cuerpos descansaban.

–Que descansen todos juntos, franceses y españoles. Cuando un hombre muere luchando con honor, debe ser enterrado con honor –respondió el alférez–. Y esos cuya sangre riega nuestras arenas, lo hicieron, sea cual sea el color de sus casacas.

Mientras eran depositados en la fosa, el Alférez Sánchez de la Campa iba nombrándolos uno a uno. Al llegar el turno al cuerpo del Paleta, el alférez, susurró con una voz entrecortada por las lágrimas:

–Don Germán Oneto, por su heroica actuación ante el enemigo, dando su sangre en defensa de la nación, es propuesto a título póstumo para su ascenso a Sargento del Regimiento de Milicias de Voluntarios Honrados.

Hasta entonces nadie supo la gracia de aquel hombre del pueblo. Un héroe sin nombre que, como tantos otros, escribió la historia con su sangre y su trabajo, su única riqueza.

Miré al resto de los compañeros. Iba a dirigirme en voz baja al alférez para recordarle el nombre del Rata cuando el Coquina, adivinando mis intenciones me susurró:

–El Rata es mucho Rata para que esa gente haya podido con él.

Días después de aquellos hechos, vimos venir una mañana desde la isla una figura menuda que saltaba como un chiquillo entre las dunas.

–¡Rata, olé tus cojones! –gritó alborozado el Coquina mientras abandonaba su puesto de vigilancia y corría al encuentro de su amigo.

–¡Bicho malo nunca muere, compadre! –fue la respuesta del Rata cuando se abrazó a su amigo.

Según nos contó el mismo Rata, como no llevaba ningún tipo de documento escrito que lo identificara como mensajero, cuando venía en su falucho con noticias de La Peña fue retenido por los ingleses días antes de la batalla.

De ahí al 24 de agosto de este año de 1812 la vida en la Batería de Urrutia se convirtió en un toma y daca sin sentido. Y todo porque ese tal La Peña... Mejor me callo, mire usted.

Pero eso sí, señor Ogirando, quede claro cómo esta pandilla de pobres de solemnidad por la que usted se interesaba demostró que la riqueza interior, esa que no se ve, también anida en el alma del pueblo.